

## **Sobre Antimateria**

### **(reflexiones de una loca del ritmo)**

Recuerdo que hace unos quince años aproximadamente, jugamos en familia a responder un test que venía todos los sábados en una revista. Escribimos nuestras respuestas en papelitos, que mezclamos para luego leerlas, tratando de adivinar a quién pertenecía cada una. Para mí las de Tilsa eran evidentes. Cada pregunta, que según el cuestionario servía para conocerte a ti mismo, me permitió conocer más a mi hermana poeta, gracias a los versos que respondió espontáneamente, y que hasta hoy recuerdo.

Pensé en uno de ellos al leer el poema de las sílabas largas que trinan en los árboles, donde Tilsa dice: "Dios no puede dormir con la luz apagada / tiene miedo de mí". Me enterneció ese dios asustadizo y me pregunté la causa de su temor, causado por alguien que sin embargo luego, se declara ausente de forma indiferente. Recordé entonces que a la pregunta ¿Cuál es la cualidad que más admiras en una persona? Ella había escrito aquella vez: "La ternura en la adultez y la perversidad en la infancia".

Vemos un dios infantilizado y temeroso, pero esto no debe preocuparnos porque nos interesa la ciencia y obviamente, los hombres de ciencia siempre han querido distanciarse de Dios. Los hombres de ciencia más bien, se han dedicado largamente a rebatirlo, y a buscar respuestas a otro tipo de preguntas, aquellas dedicadas a fenómenos como la luz y el tiempo.

Tilsa también analiza esos fenómenos, pero llega a conclusiones distintas. La luz surge del sol, claro, pero también del tacto de su amante. En realidad, afirma, la luz sólo existe gracias al brillo de los ojos y se recarga con un intercambio de miradas. Lo que verdaderamente importa es que el brillo de los ojos es la única luz en el planeta ahora y que, contrario a lo que diga la ciencia, el calor corporal es el único calor en la tierra.

Quizás lo que pasa es que los hombres de ciencia no saben lo que es estar abrazados por siempre, aunque de repente los subestimo y algunos sí lo saben. Incluso quizás saben, como Tilsa, que siempre es un instante.

Al menos así es el tiempo que ella comparte con nosotros. Aquel que se muerde gozoso la cola, como el ouroboro, sin desconcertarse porque un día y la eternidad sean lo mismo, porque una vida y este momento sean lo mismo. ¿Qué podemos hacer para volverlo inolvidable? Quizá tratar de enterrar nuestros propios huesos, como el perro que desafía al tiempo y al espacio al hacerlo, para volverse eterno.

Como él, Tilsa se rebela a los ciclos naturales, y se dedica a alterarlos sin preocuparse por las posibles consecuencias al hacerlo. Más bien, una naturaleza desordenada parece ser el efecto de sus aventuras cotidianas y así, por ejemplo, podemos conocer un atisbo de lo que podría sentirse el ser un sol que nunca se oculta, en un mar que nunca regresa. Semejantes transformaciones pueden ocurrir entonces, cuando prueba alternativas frente a la calma que no haya en el estar viva, probablemente por su capacidad de percibir con demasiada claridad el fluir alrededor, el movimiento que lo electriza todo.

El tiempo aquí está pautado por respiraciones agitadas, por inhalaciones y exhalaciones sincronizadas con el crecimiento de la vida alrededor. Es el tiempo del girar sin pausa, que nos invita a aceptarnos como satélites a la deriva, orbitando a la espera de un choque que nos lleve a un lugar mejor.

¿Cuál podría ser ese lugar? Quizá uno donde celebremos la posibilidad de que la tierra pueda estar girando en sentido contrario, pues el sin sentido es el régimen más democrático que podemos habitar. Es un territorio liberado, en el que podemos perdernos y dejarnos llevar por todo tipo de juegos, bromas y cambios, que se suceden unos a otros hasta hacerse imperceptibles, hasta hacernos a todos igual de contingentes y diminutos.

Si este territorio abraza el caos es porque acompaña plenamente el tiempo de la serpiente, o el tiempo del perro en este caso, que se muerde la cola con regocijo. Aliviado porque acá no existe el tiempo del progreso, porque nada avanza en línea recta y sobre todo, porque nada está estático.

Como en los saberes más antiguos y en los descubrimientos científicos más recientes, comprobamos que todo está en perpetuo movimiento. No hemos de temer pues, a sentirnos conectados con la inmensidad y lo divino, ni a sentirnos al mismo tiempo, minúsculos y mundanos. Nuestras posturas sexuales pueden guiar a los planetas y nosotros podemos guiar al amor con confianza, sobre todo si seguimos el ritmo de los cuerpos que no mienten, de los cuerpos que se inventan su propio ritmo y se reúnen, inventándose y encontrándose cómplices en esas diacronías.

Aquí el deseo y el amor se manifiestan en los gestos que no engañan, en expresiones involuntarias y sinceras, que, como el movimiento de la cola de un perro o un espasmo insistente, pueden decirlo todo con precisión y honestidad. El sexo y el amor son también, pues, fuerzas de la naturaleza, tan poderosas como el bing bang o como la poesía.

Es que el cuerpo está atravesado por el lenguaje. El cuerpo está constituido por el lenguaje. El cuerpo está creado por el lenguaje y Tilsa es más dueña de sus palabras que el dios que la intenta nombrar vanamente. Ella no lo necesita para ser creada. Ella dice hágase el amor que es la luz y crea todo esto como quien rellena un pupiletras. Se transforma antojadizamente y juega con nosotros, que asombrados, la observamos prolongar su pene imposible y aprendemos de sus divertidas estrategias mutantes para habitar mundos distintos.

Quizá por eso Dios está temeroso. Porque en el fondo sabe que su mundo no es el único. Porque debe aceptar que su palabra no es la única capaz de crear. Y Tilsa se lo recuerda cuando crea mundos donde no existen los placeres culposos, a los que podemos acceder sin invitación ni requisitos previos. Mundos donde podemos dedicarnos a contemplar la belleza de los niños y a disfrutar las bolas de helado, tan refrescantes como una brisa hermafrodita.

En estos otros mundos los mandatos son débiles, impotentes. Incluso risibles. A diferencia de muchas poetas peruanas que la preceden, a Tilsa no le pesan los 30 años, ni la ciudad de Lima, ni la heterosexualidad hecha norma. La mirada masculina no la acecha ni la presiona. Esa no es la medida que la hace mujer, y ella no juega a seducir a un amante varón, prefiere más bien seducir al universo.

Los mandatos aparecen fugazmente, como reconocibles elementos de la vida cotidiana, que son mirados con ironía y desapego. Formar una familia pasa por comprar cosas para el hogar, y resulta un acto teñido de absurdo y humor negro. Un hijo es un excedente, un resto que se desprende de ti pero del que al mismo tiempo formas parte, desafectadamente. Una mujer puede saber que es un objeto y disfrutar serlo, pero también puede saber la diferencia entre ser y estar. Los estados son flexibles y cambiantes, los espejos alucinan con nosotros mientras decidimos cómo asumir nuestras posiciones frente a lo que se espera de nosotros.

Cuando la ciudad aparece más concreta encontramos ladrones, líneas telefónicas colapsadas, fallas en la comunicación y disputas por la privacidad. Los cuerpos se debaten entre compartir o no, publicar o no, subir o no sus imágenes a las redes. Lo natural parece ser mostrarnos, mostrarnos parece ser lo que tenemos que hacer. Pero el hacer tiene demasiadas variables, como queda demostrado en un poema, y sólo tú puedes saber lo que tienes que hacer. La poeta te recuerda que eso no lo puede saber nadie mejor que tú.

La poesía es entonces una forma de descubrir lo que tienes que hacer, de leerlo y de nombrarlo, de llegar a sentirte más seguro sobre qué mundos quieres crear y de qué mundos no temerás ser expulsado. Tilsa cada vez lo tiene más claro y sus preferencias nos animan a desordenar la cola del banco, a reeducar a quienes nos educan, a nacionalizarnos lobos.

Realizando el camino inverso a la historia del saber occidental, la palabra aquí es un vehículo para acercarnos a la naturaleza y el lenguaje libera los cuerpos en lugar de constreñirlos. El llamado es a reencontrar nuestro lado caótico y salvaje, en medio de tanta cultura. Se trata de recordar con soltura, que todos podemos transformar la cultura con gestos de autonomía.

El llamado es a quitarle poder a Dios y a la ley pero también a confundir a la ciencia y a la naturaleza. A devolverle poder a la mirada y al dos en que nos convertimos cuando encontramos con quién compartir nuestros juegos y descubrimientos. La energía que fluye y que somos, en este mundo en perpetuo movimiento, no puede detenerse ni controlarse. Es luz es amor es palabra es pupiletras.

Pensar en eso me hizo recordar otra respuesta que dio Tilsa al test aquella vez, cuando a la pregunta ¿En qué te gustaría reencarnar?, escribió “En las lucecitas de colores vibrantes que vemos cuando cerramos los ojos”. Creo que ella ya lo hizo y su poesía es la manera que encuentra de comunicárnoslo.

E.O.V

Lima, 2014